



Reg. SupGen.: 04/2014/05

Valencia, 4 de abril de 2014

A todos los M.SS.CC., religiosos y laicos.

Queridos hermanos:

El próximo día 7 de abril el pueblo rwandés está llamado a hacer memoria de unos hechos dramáticos y tremendamente dolorosos que tuvieron lugar hace ya veinte años, pero cuyas consecuencias han pesado y pesan gravemente sobre aquella sociedad.

Escribo estas líneas con temor y temblor, pues no sé si puedo hacerme cargo de lo que dichos acontecimientos supusieron en la vida de aquel querido país africano y quizá no soy capaz de analizarlos y valorarlos en toda su complejidad. Pido disculpas si mis palabras sonasen a banalización o deseo de minusvalorar el indecible sufrimiento de tantos seres humanos entre los cuales se cuentan algunos familiares de nuestros hermanos congregantes.

Sí puedo decir que, por desgracia, la barbarie y la violencia desatada no son patrimonio exclusivo de una época, de un lugar, de una clase social, de una tendencia política o de una etnia. Los seres humanos -todos los seres humanos- somos capaces de lo mejor y de lo peor. Y de ello habla sobradamente la historia de nuestros pueblos, desde la Guerra Civil de España hasta las dictaduras militares que han causado tanta represión y pisoteado los derechos humanos en América Latina.

Por eso, si recordamos lo sucedido en Rwanda en 1994 desde su dimensión histórica, étnica o política, seguramente cabría hacer lecturas muy diversas, entrando quizá en debates que poco o nada ayudarían a aliviar el sufrimiento que provocaron. Podríamos incluso caer en la trampa de hacernos portavoces de criterios e intereses que están muy lejos del Evangelio. O, peor todavía, alimentar rencores y revanchas quizá humanamente explicables pero poco coherentes con quienes quieren seguir a Aquel que dio su vida perdonando a quienes se la quitaban.

Como Misioneros de los Sagrados Corazones, cuya vocación consiste en contemplar, vivir comunitariamente y extender por todas partes el amor de Dios, yo os invito a situaros como María junto a la cruz de Jesús para hacer una lectura 'cordial' -que no 'visceral'- de aquellos hechos terribles.

Pongámonos como ella al lado de las víctimas, pero no para fomentar en ellas deseos de venganza y convertirlas en futuros verdugos, sino para acompañarlas en su proceso de sanación interior y ayudarlas a reencontrar la paz.

Hagamos memoria no para envenenar lo más profundo y verdadero de nosotros mismos, sino para '*re-cordar*', es decir, para procesar desde el corazón unos hechos que sucedieron en el pasado pero cuya influencia en el presente podrá ser muy diversa dependiendo del modo en el que los rememoremos y conmemoremos.



Recordemos, pues, no para ahondar heridas, sino para curarlas; no para fomentar el revanchismo, sino para construir la reconciliación; no para acusar a otros como únicos culpables, sino para arrancar de lo más profundo de cada uno esa raíz de violencia que daña la convivencia cotidiana; no para fomentar el miedo, los prejuicios y las divisiones, sino para recuperar juntos la confianza y la posibilidad de que todos los rwandeses puedan convivir unidos.

Y como todo esto podría parecer poco realista e ‘imposible para los hombres’, recojo aquí las palabras que el Papa Francisco ha dirigido recientemente a los obispos rwandeses presentes en Roma para la visita *ad limina*. En ellas invita a una conversión que toque lo más profundo de los corazones y afirma: *‘El perdón de las ofensas y la auténtica reconciliación, que podrían parecer imposibles desde el punto de vista humano después de tantos sufrimientos, son, no obstante, un don que es posible recibir de Cristo mediante la vida de fe y la oración, incluso si el camino es largo y requiere paciencia, respeto recíproco y diálogo’*.

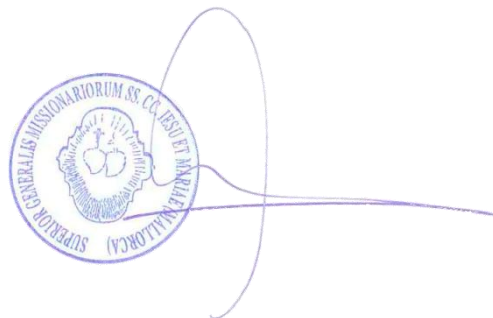
Creo que esa debería ser la aportación específica y alternativa que la Iglesia podría ofrecer hoy a la sociedad rwandesa si de verdad queremos construir un futuro diferente. Y dentro de ella, una Congregación como la nuestra cuyo credo profesa la fe en el amor de Dios manifestado en los Sagrados Corazones.

Así lo ratifican las palabras del Papa al recordar que: *‘La Iglesia tiene, pues, su lugar en la reconstrucción de una sociedad rwandesa reconciliada; con todo el dinamismo de vuestra fe y de la esperanza cristiana, caminad decididamente hacia adelante dando sin cesar testimonio de la verdad’*.

Y para que ese testimonio sea creíble, real y visible frente a quienes nos contemplan, os propongo empezar por casa, por la vida diaria de nuestras comunidades. Y no sólo las rwandesas, sino todas y especialmente las casas de formación donde conviven a veces personas de países, culturas y lenguas diversas. Esas comunidades que nuestro XIX Capítulo General nos ha invitado a convertir en pequeños ‘talleres’ donde *‘seamos capaces de superar etnocentrismos y rivalidades étnicas (...) prejuicios y estereotipos’* y que por ello mismo nos marca como línea de acción *‘crear espacios de estudio, de diálogo y de intercambio cultural, acogiendo, apreciando, valorando, amando y celebrando nuestra diversidad como una riqueza y un don del Espíritu’*.

Que esa sea la actitud con la que vivamos estas jornadas de ‘Memorial’ porque solo así alumbrará un mañana mejor y reconciliado para todos.

Con un abrazo fraternal en los Sagrados Corazones.



P. Emilio Velasco Triviño, M.SS.CC.  
*Superior General.*